

*humanismo* se encuentran a caballo entre la aclaración de aspectos incomprensidos del primer libro y la voluntad de nuevas propuestas en lo que se refiere a la comprensión del papel de la intuición y de la técnica, respectivamente, en su filosofía.

Veamos, entonces, qué es lo que nos propone su primer gran libro, el del 54. Luis Abad parte de una constatación en forma de tesis: la clave del mundo moderno se encuentra en la aceleración del tiempo. Contrariamente al mundo tradicional en el que primaba los usos ancestrales y los relatos explicativos del pasado, la modernidad se articula en torno a la prisa y el éxito. “La fiebre del prisa —afirma él— nos ha ganado a todos” (Abad Carretero 1954, 243). Es el estar apresurado lo que explica el ansia de quererlo todo y de contraer el tiempo, adueñándonos de él. “Por eso el hombre moderno vive en alerta permanente. El pasado no cuenta y se le desprecia. El futuro surge despótico entre la bruma y erige su perfil como un cíclope. Pero este futuro se confunde con el presente y entramos en éste como si él solo existiese” (Abad Carretero 1954, 245). Lo que deja al descubierto la tendencia irrefrenable a la velocidad y al estrechamiento del tiempo es la pura desnudez del individuo. “La vida adquiere en el vértigo de la prisa un sentido trágico” pues, de manera simultánea, se diviniza y se anula al hombre (Abad Carretero 1954, 249-250). El estar apresurados hace del tiempo oro, lo que conlleva, según sus palabras, “una ambición, un deseo de gozar y de aumentar la propia personalidad” (Abad Carretero 1954, 251). Es el más veloz, el que hace más cosas a tiempo, el que se distingue de los demás. El deporte, en este sentido, juega un papel de revelador de nuestra época, pero no exactamente en el sentido vitalista que el atribuía Ortega. “No se trata de adónde, sino de recorrer el mismo espacio en el menor tiempo posible. En nuestra época no hay más que carreras, apresuramiento, RECORD”, escribe esta última palabra en mayúscula. Batir records esta es la clave: escalando montañas, saltando con pértiga, atravesando los océanos y las nubes, sacando más rentabilidad a las cosas, jugando en la bolsa. La libertad no radica ya en la dignidad humana, sino en la prisa de cada uno. “El hombre más libre es el que tiene capacidad para apresurarse más, para ir más a prisa”, lo cual plantea “problemas morales que no es nuestro propósito dilucidar”, dice él (Abad Carretero 1954, 252).

Por otro lado, el éxito se convierte en nuestros tiempos en la fianza de nuestro reconocimiento y, casi, en la salvaguarda de nuestra

existencia como individuos. "Amar el éxito es querer el instante actual. Querer triunfar es amar la vida" (Abad Carretero 1954, 7). Esta doble afirmación podría ser interpretada con cierta ironía, teniendo en cuenta la ardua trayectoria vital de Luis Abad. Pero, en realidad, es el propio autor el que reitera esta tesis con un tono de cierta pesadumbre crítica: "el éxito se cotiza hoy más que nunca. La idea del éxito ha envanecido al hombre, lo ha sacado de quicio y lo ha hecho insoportable" (Abad Carretero 1954, 7). Este sacarlo de quicio es lo que provoca que al individuo le cueste encontrar su centralidad, el pivote estable que le oriente en la vida. Pero, entonces, si lo descoyunta de su ser propio, ¿qué fines tiene el éxito? Para Abad, la respuesta es meridiana. "El medio que el hombre moderno ha encontrado para defenderse de la muerte" es el éxito (Abad Carretero 1954, 7). Esto quiere decir que lograr el éxito, aunque sea efímero, es la única manera que el hombre moderno encuentra para perdurar en el tiempo, para adquirir "una inmortalidad aquí abajo", la que se guarda en la memoria de las gentes, aunque sea, añadiría yo, en el relampagueo efímero de los tubos catódicos, de las pantallas. Tener éxito es, en realidad, salir del tiempo, del tiempo de la vida, encontrar el *exit* en una supervivencia de tres al cuarto, una modalidad de existencia que, pese a huir de la muerte, guarda no pocos parecidos con ella.

La omnipresencia del éxito se muestra, por ejemplo, en el lugar que ha ocupado en nuestras sociedades, la moda, que cambia con una "rapidez inaudita" (Abad Carretero 1954, 11).<sup>18</sup> O, también, en el crecimiento exponencial de las ciudades, en el "pugilato" que tienen las naciones por tener las ciudades y, sobre todo, la capital más poblada del planeta (Abad Carretero 1954, 12-13). No hay que olvidar tampoco el papel de ese "monstruo moderno que se llama periodista" y que crea y devora de manera permanente el pasado y el futuro. Para Abad, es el "símbolo de la negación del tiempo a fuerza de contarlo y perseguirlo, de reducirlo a la nada para forjar flamante y reluciente el presente colectivo" (Abad Carretero 1954, 98-99). Por último, la bomba atómica "engendra en nuestra mente un escalofrío precursor del aniquilamiento absoluto e inminente de la humanidad", una destrucción súbita que es la hipérbole condensada del "ritmo acelerado de

<sup>18</sup> Algunos análisis de Abad Carretero se alumbran a posteriori desde la lente de trabajos como el de Gilles Lipovetski (véase Lipovetski).

nuestro tiempo", de los "viajes ultrarrápidos", evidencias todas que nos muestran que "podemos morir al primer instante" (Abad Carretero 1954, 128). En definitiva, prisas, éxito, moda, urbanización galopante, periodismo a troche y moche, todo ello contribuye al fenómeno de la "total presencia". Todo tiene que estar lleno, lleno de peatones, de ambiciones, de nuevos usos, de comunicaciones por doquier. "Se lucha rabiamente contra la ausencia", concluye (Abad Carretero 1954, 13).<sup>19</sup>

Podríamos considerar que esta faceta de Abad es la de un filósofo con pretensiones de sociólogo urbano, en la línea de un Simmel o del Ortega de *La rebelión de las masas*. Pero esta faceta se enriquece con otra, más propiamente de metafísico. Y es que según él "el fundamento de la acción es el querer". Y todo querer se produce en "el instante de la acción" (Abad Carretero 1954, 67). La realidad no es así sino una sucesión de "yo quiero". Es porque yo quiero escribir o hablar ahora que modulo una realidad, la del instante de este momento. En otro momento, será la realidad del pasear, pongamos por caso. Pero, en cualquier caso, siempre será el instante lo que acompañe mi querer o, más bien, es mi querer el que mueve, como una aguja, el suceder de los instantes. O en palabras de Abad, "nuestra vida es una concatenación de instantes, de ahí que ella sea una sucesión de decisiones que se forja en el respunteado de nuestras acciones sucesivas" (Abad Carretero 1954, 119). Y de esta forma se forman el pasado y el futuro, que sólo tienen entidad en función del instante del presente. Sólo hay pasado del presente y futuro del presente. No tienen ambos parámetros temporales entidad alguna fuera del instante en el que se produce la acción.

---

<sup>19</sup> Paul Virilio, desde presupuestos distintos de los de Abad, más cercanos a Nietzsche y a cierto cristianismo izquierdista, ha reflexionado con perspicacia sobre lo que él llama la "dromocracia", el poder de la velocidad y sus implicaciones inquietantes en nuestro sistema de libertades. Según él, "las nuevas tecnologías electromagnéticas, al proporcionar más profundidad al 'instante', nos hunden en el abismo y nos matan literalmente: el instante supuestamente real de la televisión se reduce a no ser sino el de la repentina desaparición de nuestra conciencia inmediata. Profundizar sin cesar la intensidad del instante presente no se realiza sino en detrimento de la 'intuición del instante', a la que estaba tan apegado Gaston Bachelard" (Virilo 105).

Lo difícil de comprender es cómo, en cada instante, pueden producirse sucesivos “yo quiero”. ¿No está vertebrada, al fin y al cabo, nuestra vida, de momentos más insustanciales o más callados? ¿Por qué Abad no concibe que haya también un “yo contemplo” o un “yo recuerdo” o un “yo proyecto”? ¿Por qué el yo tiene que estar siempre queriendo algo? Es cierto que si uno ve la televisión cuando está cansado no es porque en todo momento se esté diciendo “quiero ver la tele”, sino porque hay un hábito, producto de una síntesis pasiva, en términos fenomenológicos, que da por supuesto a lo largo del tiempo una especie de querer.<sup>20</sup>

Dos problemas se derivan de esta tesis. El primero, que reconoce el propio Abad, es el hecho de que “el momento de presente se localiza con caracteres más netos cuando es otro el que nos hace la pregunta, porque fuerza nuestros recuerdos a situarnos exactamente en la petición del extraño” (Abad Carretero 1954, 70). Esto explicaría el que el momento del presente no pueda ser analizado de manera plenamente satisfactoria en clave psicológica, sino mucho mejor, en clave colectiva. Aquí es donde entra su teoría de los ritmos, psicológico, colectivo e histórico, en el que no puedo aquí entrar, pero que debería ser tenido en cuenta (Abad Carretero 1954, 37-61 y 1958, 213-293). Sea lo que sea, si el presente no se construye realmente en la soledad, pues en ella navegamos frecuentemente por las aguas, vastas y profundas, del pasado y del futuro, ¿de qué sirve sostener que el pivote del presente sea el “yo quiero”? Creo que Abad, por mucho que lo desmienta, sigue fiel a cierto cartesianismo de su maestro Ortega, solo que en vez del “cogito ergo sum”, sitúa su “yo quiero luego hay realidad”. Abad dice situarse en contra del idealismo, pero ¿no es idealista la posición del que piensa que sólo el yo genera realidades? No parece Abad tener en cuenta la crítica de Husserl al psicologismo y como el primer Nicol da la impresión de que su psicologismo es un vitalismo renovado, más sistemático, o, incluso, una especie de existencialismo remozado. Dice él en un momento de su libro: “Sólo conozco los fenómenos psíquicos, las vivencias del alma” (Abad Carretero 1954,

---

<sup>20</sup> Es una lástima que Abad Carretero no sacase provecho de esta noción de “síntesis pasiva” de Husserl, de la que, por el contrario, sacarán tantas pistas interesantes Deleuze, Derrida y Bourdieu.

152). Pero, ¿son acaso equivalentes ambas entidades? A mi modo de entender, el planteamiento de Abad pierde la elasticidad temporal e histórica de ese yo circunstanciado, tan típico del orteguismo. Pero hay otro problema, aún más acuciante, y es la consistencia efectiva de ese querer. En realidad, conforme vamos leyendo a Abad, nos damos cuenta de que la manera como concibe el “querer” no es la de un acto neto, discontinuo, eficaz y directo, en momentos únicos e irremplazables (Abad Carretero 1954, 81).<sup>21</sup> La primera sospecha salta al final de su libro y se acrecienta en los libros sucesivos que lo amplían y lo explican. Leemos, en efecto, al final de su libro *Una filosofía del instante*: El “impulso afectivo” es la “fuente esencial de la vida” y este impulso no es otra cosa que el amor que lo “mueve todo” y añadido “que mueve al Sol y a las estrellas”, en un guiño explícito a Dante. La segunda sospecha salta líneas más tarde y es cuando afirma que “no hay acción que no vaya precedida de un cierto ensueño”. El deseo, el soñar, están por debajo de toda acción. “Los hombres que vencen —afirma Abad— son los que trazan un método y los que al mismo tiempo dan unidad a sus ensueños, porque no saben dónde meterlos, y al fin tienen que aflorar a la superficie” (Abad Carretero 1954, 185-186). Con lo cual, afirmo yo, si el ensueño, y su “compañera infatigable”, la fantasía, están por debajo de todo querer, cabe concebir que el mundo esté conformado por algo más que por la simple voluntad y el afán de éxito. Entramos en un ámbito por el que Abad no supo o no quiso adentrarse con suficiente radicalidad, tal vez porque ponía en peligro sus propias premisas metafísicas.

---

<sup>21</sup> La ambigüedad de su planteamiento se muestra cuando afirma que “aunque para Bachelard la duración es esencialmente dialéctica y que piensa en los tiempos superpuestos, yo creo que para él puede un instante ser incaptable, y también lo suficientemente amplio para ser el fundamento de todo un desarrollo ideológico o sentimental” (Abad Carretero 1954, 81). La distinción entre instante y presente no es para él pertinente lo que plantea problemas o lo que, en términos deleuzianos, es la diferencia entre el Aión, el mínimo de tiempo continuo pensable, y el Cronos, el presente extensible como una mancha de aceite, en función precisamente del *habitus* realizado en las síntesis pasiva de la contemplación. Para este punto, véase Deleuze.

## Bibliografía

- ABAD CARRETERO, LUIS: *Los colegios de huérfanos en España*. Madrid: Voluntad, 1929.
- : *Sentido psicológico de la felicidad y otros ensayos*. Madrid: Unión Poligráfica, 1934.
- : *Una filosofía del instante*. México: El Colegio de México, 1954.
- : Reseña sobre *El hombre y lo divino* [de María Zambrano, México: FCE, 1955]. *Cuadernos del Congreso por la Libertad de la Cultura* 17 (marzo-abril de 1956): 118-119.
- : *Niñez y filosofía*. México: El Colegio de México/FCE, 1957. (Edición facsimilar por el Instituto de Estudios Almerienses en 1998).
- : “Larrea: un mensajero del espíritu”. *Cuadernos Americanos* 3, año XVI, vol. XCIII (mayo-junio de 1957): 122-143.
- : *Instante, querer y realidad*. México: FCE, 1958.
- : *Vida y sentido*. México: Cuadernos Americanos, 1960.
- : *Presencia del animal en el hombre*. México: Herrero Hnos., 1962.
- : *Instantes, inventos y humanismo*. México: Herrero Hnos., 1963 ó 1966.
- : *Aparición de la visciencia*. México: Herrero Hnos., 1963.
- : *Presencia viva del hombre actual*. Madrid: Lieroy/Matesanz, 1972.
- DELEUZE, Guilles: *Lógica del sentido*. Barcelona: Paidós, 1989.
- FERNÁNDEZ DE LA SOTA, José José: *Juan Larrea (El hombre al que perseguían las palomas)*. Erreterria: Ediciones El gallo de oro, 2014.
- GLONDYS, Olga: *La guerra fría cultural y el exilio republicano español*. Madrid: CSIC, 2012.
- LIPOVETSKI, Gilles: *L'empire de l'éphémère. La mode et son destin dans les sociétés modernes*. Paris: Gallimard, Folio/Essais, 1987.
- SÁNCHEZ MONTROYA, Francisco: *Ceuta y el norte de África: república, guerra y represión 1931-1944*. Granada: Nativola, 2004.
- : “Antonia ya tiene su calle”. *El Faro de Ceuta* (24 de noviembre de 2013).
- : “Luis Abad, magisterio en el exilio”. *El Faro de Ceuta* (16 de marzo de 2014).

VILAR, Juan Bautista: "La última gran emigración política española. Relación nominal de los militantes republicanos evacuados de Alicante por el buque inglés 'Stanbrook' con destino a Orán en 28 de marzo de 1939". *Anales de Historia contemporánea*. Vol. 2 (1983).

VIRILIO Paul: *Un paysage d'événements*. Paris: Galilée, 1996.